

Ciudadanía y juventud

CONSTITUCIÓN DE LOS JÓVENES EN SUJETOS CIUDADANOS

OMAR ALONSO URÁN A. (*)

Resumen

En este artículo se explora la relación entre los conceptos de juventud y ciudadanía, tomándolos como productos históricos que pueden desaparecer según las circunstancias económicas, políticas y espaciales que constituyen su medio ambiente. Particular atención se pone a la manera en que las actuales lógicas económicas y políticas dominantes están erosionando el medio ambiente que hace posible el concepto de juventud, tanto en países desarrollados como en desarrollo. Asumiendo la juventud como bien cultural producido en la modernidad, el cual ha permitido un tiempo vital, no sólo de preparación para el trabajo, sino también para pensar y tomar distancia crítica sobre la propia cultura. Se propone articular para su constitución y defensa el concepto de política de la diferencia, el cual, no sólo ayuda a vincular la juventud al proceso de las políticas públicas, sino también a construir una plataforma desde la cual los jóvenes pudieran participar en la arena política y llegar a ser ciudadanos por sí mismos.

Abstract

The present article studies the relationship between the notions of youth and citizenry. These concepts are conceived of as historical products that may disappear according to economic, political and territorial circumstances that make up their environment. Special attention is paid to the way in which current economic logic and dominant policies are eroding the environment that make the notion of youth possible, both in developed and developing countries. Youth is regarded as a modern cultural asset which made possible not only to prepare for work but also to think and set a critical distance from one's own culture. For its constitution and defense, the author suggests coordinating the concept of policy of difference. This concept not only helps to link youth to the process of the public policies, but also to build a platform, acting from which young people can participate in the political arena and become citizens by themselves

(*) Sociólogo de la Universidad de Antioquia. Instituto Popular de Capacitación. Docente en la Escuela de Animación Juvenil.

Se sabe que la noción de juventud es un concepto que se ha construido históricamente y que, su evolución, en lo fundamental, ha estado vinculada a la emergencia y devenir de la modernidad.¹ El paso de concebir al niño como un adulto pequeño a ser concebido como un ser humano en formación o preparación para la adultez fue un proceso lento que, iniciado desde las elites, estuvo apalancado por la dialéctica existente entre el desarrollo de la institución escolar y la transformación industrial impulsada por el capitalismo.

Durante todo este tiempo, y sobre todo en las dos últimas centurias, se fue consolidando, en los países del centro de desarrollo capitalista, la noción de juventud como una categoría social y cultural, que denotaba un grupo social etario, marcado tanto por rasgos biológicos específicos como por un estado subjetivo del "espíritu" o de la "mente," signado por la apertura a la experimentación y la curiosidad a lo nuevo. Un estado biológico y subjetivo conocido posteriormente, a partir del trabajo de Erick Erikson, como el de "moratoria social" (*quarantine period*), interfase entre el niño y la adultez, que libra parcialmente al joven de la tutoría de sus padres y lo aparta, en gran medida, de la responsabilidad económica e institucional de tener que trabajar, de asumir la reproducción social, especialmente de la familia.

Pero este tiempo de moratoria ha estado acompañado, a la par, de una política de Estado, que posibilitó la generación de una espacialidad pública específica de los jóvenes, la cual permitió la sociabilidad e interacción entre pares, facilitando la creación de una percepción particular sobre las relaciones sociales y la recreación de un universo simbólico propio o subcultural. Nos referimos con estos espacios, y en particular en el ámbito urbano, a la escuela pública (incluyendo la universidad) y a los parques de recreación y deporte. Ello sin desconocer la calle y la espacialidad que se genera a partir de la oferta del consumo cultural, en especial los bares y discotecas, que empero está mediada por la capacidad de compra. Sin embargo, ambas espacialidades han entrado comúnmente en conflicto con las lógicas territoriales autoritarias de gran parte del mundo adulto instituido, que ha buscado controlar las prácticas culturales autónomas de los jóvenes, principalmente en los espacios públicos o abiertos, definiendo cuáles son, o no, los comportamientos juvenilmente aceptables y, de paso, determinando las identidades juveniles,² e incluso de género.

Pero, paradójicamente, son estos espacio-tiempos del periodo de moratoria e "irresponsabilidad" social estructural los que van a permitir la politización de la juventud, en la medida en que emergen conflictos entre el mundo constituido de los adultos y el comportamiento experimental y cuestionador de un número creciente de jóvenes, principalmente durante el siglo xx. Y es paradójico en la medida que sea el ser concebido como "adolescente", ser incompleto, "en proceso de formación" quien, a partir de tomar en serio la lógica discursiva y experimental aprendida en la

¹ Philip Aries en su historia de la infancia observaba, por ejemplo, cómo los niños eran extraños dentro de la iconografía medieval y eran tratados como adultos en miniatura, sin que existiera una diferencia conceptual que los diferenciara de los adultos. (Gill Vallentine et al., "Cool Places: an introduction to youth and youth cultures", en Tracey Skelton and Gill Valentine, *Cool places: geographies of youth cultures*, Routledge, Londres, 1998).

² Doren Massey, "La construcción espacial de las culturales juveniles", en Skelton y Valentine, *op. cit.*

En primer lugar, es preciso señalar que, al igual que el concepto de juventud, la política, y más claramente la ciudadanía, son conceptos históricamente producidos

escuela, va a cuestionar la realidad instituida de la sociedad, es decir, va a poner en duda cultural y políticamente el proyecto de sociedad. De esta manera, quien al no ser completamente adulto no tenía una definición fuerte y específica de ciudadano va a ser uno de los principales agentes de cambio y transformación social, política y cultural.

Para que asumamos un poco más claramente esta relación juventud-política, es necesario que profundicemos por un momento en lo que han significado las nociones de política y ciudadanía para Occidente, y cuál es la problematización actual que existe sobre ambas nociones.

En primer lugar, es preciso señalar que, al igual que el concepto de juventud, la política, y más claramente la ciudadanía, son conceptos históricamente producidos. En especial la política, en cuanto saber decir-hacer, dispositivo o tecnología que busca garantizar la supervivencia colectiva y, en esta medida, generar, a su vez, control y poder social; es una práctica cultural que implica un enorme salto en el orden de superar la acción animal individual, basada en los instintos y en la supervivencia física inmediata, para plantearse la construcción de lógicas de acción colectiva sostenibles en el tiempo, que fuera de hacer más eficiente el proceso de reproducción material animal humano, también implicaron el desarrollo de estructuras de identidad y lógicas de comportamiento colectivo que limitan o hacen más difícil el ejercicio de los impulsos individuales. Se trata, en términos de Castoriadis,³ de un control colectivo (cultural), no necesariamente explícito, sobre la psique, en cuanto mecanismo primitivo a nivel individual que se orienta fundamentalmente por satisfacer los impulsos-deseos animales de supervivencia y reproducción, y que en su estructura fundamental es profundamente asocial.

En esta dirección, la política implica la superación del recurso inmediato de la violencia y privilegia el ejercicio de la palabra, no sólo para nombrar las cosas, sino fundamentalmente la relación de los hombres y mujeres con las mismas (politización). De ahí, que aunque la política implica la racionalización (explícita o no) del ejercicio del poder, no todo poder se ejerce políticamente; puede estar motivado por ánimos o deseos más estrictamente individuales o psíquicos que colectivos. En este mismo sentido, el ir a guerra se puede decidir políticamente, pero, en sí misma, la guerra es la negación de la ciudadanía, de la condición política del otro con quien se va a guerra. Es decir, no se concibe dentro de la mismidad identitaria de un nosotros.

Y es aquí donde queremos hacer referencia a la ciudadanía en cuanto noción que implica un nosotros de adscripción, más precisamente a la

³ De allí que Castoriadis señale que la tensión fundamental en la sociedad no es entre sociedad e individuo, en la medida en que la noción de individuo implica ya socialización, introyección de la sociedad, sino entre sociedad y psique: "La polaridad no está entre individuo y sociedad, pues el individuo es un fragmento de la sociedad y al mismo tiempo una miniatura suya, o, mejor dicho, una especie de holograma del mundo social, sino entre psique y sociedad. La psique debe ser, mejor o peor, domada, debe aceptar una "realidad" que le es heterogénea y extraña al principio, y, en cierto sentido, también hasta el final. Esta "realidad" y su aceptación son obra de la institución. Esto lo supieron los griegos; los modernos, en gran parte a causa del cristianismo, lo han ocultado" Castoriadis, "La democracia como procedimiento y como régimen", *Iniciativa Socialista*, núm. 38, febrero, 1996, tomado del libro *La strategia democratica nella società che cambia*, DataneWS, Toma, 1995).

ciudad, en cuanto Estado o polis, espacio público, físico y simbólico, que es la concreción y condición misma de la política. En esta dirección, la ciudadanía es la expresión biótica y simbólica de una territorialidad y orientación al futuro compartida entre ciertos pares o iguales, quienes pueden variar con el tiempo, incluyendo o excluyendo ciertas categorías de sujetos. Por ello, aunque el concepto de ciudadanía tiene una acepción marcadamente política, las bases que legitiman la concreción de tal concepto en individuos o grupos sociales en particular tienen un acento profundamente económico y cultural, en términos de la comunidad de intereses materiales y prácticas simbólicas que se articulan y logran representarse políticamente para definir un nosotros, que se asienta espacialmente y se proyecta en el tiempo. Por tal razón, el ser ciudadano en una comunidad política no es garantía de serlo en otra.

De allí que es posible explicar en parte por qué desde la historia que conocemos a partir de los griegos (como fundadores de la política en occidente) hasta nuestros días, el concepto de ciudadanía ha venido ampliándose, desde los bárbaros, esclavos y obreros (todos masculinos), hasta las mujeres, jóvenes, indígenas, inmigrantes y “desviados” homosexuales. Se trata de un permanente proceso de lucha, de acuerdos y desacuerdos, que se libra principalmente por parte de los oprimidos o excluidos, tanto desde los marcos de la economía como de la cultura, por ser reconocidos como sujetos autónomos e iguales, en la construcción compartida del sentido de la comunidad política y de la política en especial como “la actividad explícita y lúcida que concierne a la instauración de las instituciones deseables, y la democracia como el régimen de autoinstitución explícita y lúcida, tanto como es posible, de instituciones sociales que dependen de una actividad colectiva y explícita”.⁴

Como se puede observar a partir del análisis histórico, la realización de la ciudadanía implica un doble uso de la racionalidad política, tanto desde la lucha por el reconocimiento de la diferencia, como desde la búsqueda de acuerdos comunes que implican asumir compromisos y responsabilidades. Y es aquí, en particular, donde podemos volver a enganchar el concepto de juventud, la condición sociocultural de ser joven, con el concepto de ciudadanía, a partir de lo que pudiéramos denominar ciudadanía juvenil, como un tipo especial de ciudadanía cultural, en tanto “prácticas que afirman el derecho a la igual participación en la sociedad a través del derecho a la diferencia cultural”.⁵

Y es que partimos del hecho de que el periodo denominado “moratoria social” ha permitido a los jóvenes descubrir y experimentar el mundo de una manera amplia, la cual en cada generación ha desarrollado, con la interfase de elementos del pasado y del presente, sus propias subculturas y estilos de vida juveniles, desde los cuales han construido su identidad y su visión de futuro, para desde allí interpelar el mundo social conformado por las generaciones pasadas.

⁴ *Idem.*

⁵ Cindi Katz, “Desintegrating development: global economic restructuring and the eroding of ecologies of youth”, en Skelton y Valentine, *op. cit.*

Aunque el concepto de ciudadanía tiene una acepción marcadamente política, las bases que legitiman la concreción de tal concepto en individuos o grupos sociales en particular tienen un acento profundamente económico y cultural

Empero, este ejercicio de la ciudadanía cultural juvenil, que se evidencia particularmente desde la propuesta y el derecho que se reclama a nuevas actitudes, gustos y comportamientos, tiene unas conexiones no siempre muy visibles con la política económica y el mundo del trabajo, tal como lo han mostrado Katz⁶ y Sandoval⁷ en sus investigaciones, las cuales nos remiten a la relación subyacente entre el surgimiento de la categoría social de juventud, la configuración de la institución escolar que hoy conocemos y el despunte de la economía industrial capitalista.

A partir de sus investigaciones sobre infancia y juventud en el entorno rural de Sudán y los barrios populares de Nueva York, en las que relaciona el ambiente juvenil y la reestructuración económica, Katz concluye que la hornada privatizadora ha afectado los espacios-tiempos de formación de la cultura juvenil, sobre todo, los de las mayorías populares, al reducir la responsabilidad política sobre el mantenimiento de los espacios públicos de recreación y al obligar a muchos jóvenes a trabajar desde muy temprana edad, negando con ello el ambiente mismo que permite la formación de la categoría social de juventud: "Con el espacio público deteriorado y percibido como inseguro, tanto física como socialmente, la gente joven tiene pocas oportunidades para juegos autónomos fuera de casa o simplemente para estar fuera".⁸

Por su parte Sandoval, en su trabajo sobre juventud y la aplicación del modelo económico neoliberal en Chile, distingue cuatro lógicas de acción básicas entre los pobladores, tanto en el terreno económico como en cultural, las cuales se cruzan entre sí: en el campo económico, una tendencia consumista y otra de supervivencia; en el campo cultural, una tendencia al repliegue sobre sí y otra expresiva. A través de un análisis empírico, el autor concluye que los jóvenes se agrupan principalmente en la combinación expresiva-consumista, buscando a través del consumo su integración social, pero al mismo tiempo sintiéndose mal por su falta de capacidad adquisitiva. Por su parte, los adultos tienden a la combinación de supervivencia-repliegue de sí.

La posibilidad de lograr un desarrollo autónomo por parte de los jóvenes se ve limitado por su bajo capital social, económico y cultural. Sin embargo, la tentación es más fuerte y se sucumbe a la del mercado, legitimando, vía esfuerzo de consumo, el nuevo modelo cultural individualista. Los adultos tienden, a través de medios cuasimágicos como la lotería, a superar sus problemas económicos, mientras que, por otro lado, se repliegan en sus residencias, donde la televisión compensa la soledad. El efecto sobre los pobres: exclusión parcial en una sociedad fragmentada. Los pobladores son excluidos del trabajo calificado y profesional bien remunerado, en tanto no

⁶ *Idem.*

⁷ Mario Sandoval, "Les conséquences culturelles de l'application du modèle économique néo-libéral: le cas du Chili", *Alternatives sud*, núm 3, vol. 5, L'Harmattan, CETRI, Montreal, 1998.

⁸ Katz, *op. cit.*



pueden acceder a una buena educación por sus altos costos. Por otro lado, sólo acceden a información producida en los grandes medios de comunicación, en especial la televisión, incrementando su rol de consumidores, siendo difícil para ellos acceder a espacios de interacción y nuevas tecnologías que les permita ganar en identidad y cualificación laboral.

Se configura así una ecología política de la juventud, en cuanto la interacción entre modelo económico y cultura, Estado y mercado, en particular de lo que se trata es de cómo se (re)producen los territorios juveniles, los espacios-tiempos necesarios para la sostenimiento social del ser joven. Como señala Katz,⁹ “el crecimiento y desarrollo de la gente joven depende fuertemente de ambientes que le provean estimulación, le permitan autonomía, ofrezcan posibilidades para la exploración, promuevan el aprendizaje independiente y la socialización en grupos de pares”, y que en la lógica cotidiana de cada día se expresa en cuestiones como: “poder tener una propia habitación (al menos en familias ricas) al poder estar (‘parcharse’, *hanging out*) en una esquina particular, ir a un club donde sólo van los de la propia edad”.¹⁰ De esta manera, la espacialidad es un asunto de primer orden que define la construcción de la identidad social del joven, y que, como hemos visto, no concierne sólo a los jóvenes, sino también al Estado en cuanto tal.

Empero, las condiciones actuales de las lógicas globales de flexibilización laboral (que obliga a los jóvenes a ir a trabajar a más temprana edad) y del ajuste estructural del Estado (principalmente vía privatizaciones) van erosionando los espacios (como las escuelas, los parques, la calle) y tiempos necesarios para una cierta moratoria, que permita liberarse de la responsabilidad inmediata de la reproducción económica (de sí mismo o de la familia) y acceder efectivamente a la condición de joven socialmente construida en la modernidad. En otras palabras, las políticas económicas globalmente dominantes configuran un medio ambiente negativo para el desarrollo de la juventud y son, por lo tanto, una fuerte amenaza para la existencia de la misma como categoría social, cultural y política.

De allí que, más que nunca, en lo que ha transcurrido de modernidad, la ciudadanía juvenil sea una categoría en disputa política que implica grandes dosis de creatividad, en tanto debe articularse a la noción de moratoria y debe ayudar como ejercicio político y cultural a la creación de identidad y autonomía juvenil. Pero de ahí a responder con una sola alternativa a la pregunta de cómo el joven se constituye sujeto ciudadano sería algo ingenuo.

Cada grupo, cada cultura juvenil se configura en un entorno territorial, donde gran parte de su identidad se constituye en la interacción con los referentes materiales y simbólicos que le rodean, con otras personas, animales, artefactos, con otras geografías, con otros sistemas de intercambio económico y político. Por ello, si bien en términos de proyección simbólica de la acción política y ciudadana que reivindica la condición de juventud, se reclama una “moratoria social,” ésta no significa reclamar una homogeneidad en los comportamientos juveniles.

⁹ *Idem.*

¹⁰ Massey, *op. cit.*

Cada grupo, cada cultura juvenil se configura en un entorno territorial, donde gran parte de su identidad se constituye en la interacción con los referentes materiales y simbólicos que le rodean

Sólo el ser biológicamente joven, con posibilidades espaciales, materiales y cognitivas está en posibilidad de releer con cuidado la historia y reinventar el futuro, en tanto puede tomar distancia de lo inmediato

Una gran dificultad de la política para comprender el significado de la ciudadanía juvenil radica en que la brecha temporal entre generaciones produce vacíos cognitivos, pérdida de información que se traduce en un desacoplamiento simbólico e incluso, lingüístico. Existirán ciertas reivindicaciones juveniles que se atreverán a desafiar la más avanzada política (*waterfront*) juvenil.

Concebir una política de moratoria social es un riesgo a dejar-de-ser, tanto en términos del estado adulto frente a la tradición que representa, como de los jóvenes que desconocen su pasado y construyen una nueva ruta, *ciertamente incierta*, un concepto diferente de futuro.

La ciudadanía juvenil no es posible que se constituya en cualquier contexto, y menos de manera aislada de otras generaciones. De alguna manera, la construcción de otro futuro precisa de los saberes y prácticas de generaciones anteriores, pero, ¿cuáles serán esos saberes y prácticas elegidos?, ¿qué modelos de la adultez serán los que pervivan? Desde esta perspectiva, pero desde el plano de la adultez, sólo ciertos modelos de ser-joven, y pocas políticas juventud tienen la posibilidad de dialogar con los jóvenes en un acoplamiento espacio-temporal que conlleve a cambios culturales y políticos. Se trata de una articulación de grupos de interés con base en un enfoque o visión general sobre los problemas, ciertos o percibidos, que amenazan su proyección futura, y a través de la cual buscan satisfacer sus demandas o intereses.

Esta lucha y esta convergencia pueden conceptuarse en términos de la política de la diferencia, lucha contra la marginalización o la exclusión interna, como la creación de una identidad común basada en la interacción contra determinadas y rígidas fórmulas de ciudadanía y relaciones políticas, que rehúsan ajustarse a alguna solicitud alternativa e imperiosamente demandan la subordinación de otros aspectos de la identidad ciudadana,¹¹ los cuales, anotamos, sólo son localizables en ciertos nichos ecológicos, espacio-temporales, que concretan la realidad de las relaciones de poder (políticas, económicas y culturales).

Frente a estas realidades que marginan y excluyen, los jóvenes, especialmente quienes se localizan entre la clase trabajadora y otros estratos económicamente vulnerables de la sociedad, pueden reaccionar de dos maneras: primero, reclamando más oportunidades para codeterminar su futuro, yendo más allá de una simple asimilación o integración a la lógica económica que simplemente los niega; o segundo, desarrollando una doble lealtad, una a sus pares y, otra, a la sociedad en general (una lucha combinada de diferenciación e inclusión). Se trata de una disputa contra la "juvenilización" funcional de pequeñas capas medias y trabajadoras, en favor de una real ampliación de las posibilidades económicas y políticas para ser-joven, contra el angostamiento del ciclo temporal para ello y en favor de su inclusión ahí en amplias capas populares, quienes por trabajar toda la vida para poder subsistir, ni han sido jóvenes, ni han podido vivir dignamente.

Sólo el ser biológicamente joven, con posibilidades espaciales, materiales y cognitivas está en posibilidad de releer con cuidado la

¹¹ Charles Taylor, "The dynamic of democratic exclusion", *Journal of democracy*, vol. 19, núm. 4, 1998.

historia y reinventar el futuro, en tanto puede tomar distancia de lo inmediato, de la prisa cotidiana que implica la lucha por la sobrevivencia y la reproducción de lo social. Y en esta tarea, de deconstrucción y proyección, instituciones adultas como la escuela, especialmente la pública, siguen siendo fundamentales en tanto posibilitan, no sólo un espacio de sociabilidad entre pares, sino también una conexión con el acumulado cognitivo y cultural de la sociedad, lo que, según Castoriadis,¹² facilita el desarrollo de la filosofía (en cuanto es un aspecto controvertible de las representaciones comúnmente aceptadas) y de la política (en cuanto reflexiva y como problema que se trata de resolver por las instituciones establecidas).

Comprendiendo este marco complejo de espacialidades y temporalidades nos explicamos porqué las escuelas, como las de animación juvenil, adquieren un sentido especial, en tanto, no sólo deben limitarse a lo "joven" en cuanto actualidad, sino que también deben interrogarse por lo "joven" en cuanto proyección, lo cual implica deconstruir y repensar lo adulto, como modelos-de-ser y como nichos o ambientes (sociales, económicos y culturales) de existencia. En esta dirección, la reflexión y acción ciudadana desde y con los jóvenes adquiere una perspectiva intergeneracional. La toma de conciencia de la diferencia que implica la juventud con relación a la adultez instituida, no significa una entrega narcisista a la mismidad actual de la juventud, ni una confianza ciega en su potencial vital. Por el contrario, la posibilidad de la conciencia de tal potencia radica fuertemente en el extrañamiento de la circunstancia específica y en el reconocimiento de la diferencia inscrita en la adultez (en cuanto tradición presente y proyección futura de lo actual, de sí mismo y del otro).

Este extrañamiento, que es posible en la medida en que existan unos mínimos de moratoria, es a su vez la posibilidad de relacionarse críticamente con las urgencias y angustias del mundo social y material, con el sentido dado a la reproducción del ser biótico y cultural. En otras palabras, es la posibilidad de observar, analizar y dejarse interrogar por el contexto de existencia de los mayores, de la realización, o no, de sus expectativas previas, de sus temores actuales, de las posibilidades que tienen, o no, para llevar una vida plena: el reconocimiento, su salud, su morada. Y extremando un poco, se trata de pensar las posibilidades de una vida y una muerte dignas. Una muerte que, según la reflexión y el proceso que se asuma, se acelera o se prepara para su postergación.

Y es aquí, en esta dialéctica del sentido de vida-muerte, donde la política, la asunción del rol de ciudadano como potencia de transformación de lo presente, en el cual muchas veces se presenta como natural e inmutable, cobra su mayor sentido. Pero la institucionalidad o proceso que hoy se relaciona con la dialéctica de la vida y muerte cada vez se hace más opaco e inasible. Y en un contexto como el actual, de debilitamiento de las comunidades políticas y de globalización de las fuerzas del mercado, en especial de las industrias financieras, de la información y el entretenimiento, quiénes y cómo se definen las políticas públicas de seguridad social, de educación, de salud, de espacio público,

¹² Castoriadis, *op. cit.*

En esta dialéctica del sentido de vida-muerte, donde la política, la asunción del rol de ciudadano como potencia de transformación de lo presente, en el cual muchas veces se presenta como natural e inmutable, cobra su mayor sentido

de trabajo, de sexualidad, entre otras, son cuestiones cada vez más alejadas de la cotidianidad, no sólo de los jóvenes, sino de la población en general.

De allí que la participación política de los jóvenes, como las políticas públicas correspondientes, debe estar orientada también a los adultos, a los actores y espacios en los cuales se forman los jóvenes, se toman decisiones y se definen las condiciones estructurales del medio ambiente juvenil. Un medio ambiente social y cultural que, apenas en procesos de consolidación en Latinoamérica, se observa amenazado desde la década de los años noventa por la concreción de políticas económicas neoclásicas que han insistido, a partir de su "individualismo metodológico" e ingenuidad racionalista, en suponer a todos los seres en condiciones iguales de acceder a la información y a tomar decisiones egoístamente racionales, ignorando las asimetrías de poder en el mercado y la sociedad. Ignorancia y desinterés que han llevado a extender las políticas de flexibilización laboral extrema, aparejado esto al desmonte de la seguridad social, quitando tiempos y eliminando espacios que son, en última instancia, los que impiden el paso abrupto de niño a adulto y la formación de una conciencia crítica socialmente extendida frente a la inmediatez de la "realidad".

Tiempo y espacio libre para encontrarse, debatir, amarse, para interrogarse y estremecerse ante la perspectiva de la vida son claves para que exista la juventud, en cuanto condición sociocultural. Pero el tiempo y el espacio son, a su vez, las variables claves del estado y el mercado, de instituciones y empresas que crecen y sobreviven a base de controlar, vía represión, vía dinero, los movimientos y las ideas. De donde la ciudadanía juvenil, no sólo es un ejercicio político, sino también un ejercicio económico y cultural, que da elementos y herramientas a la persona joven para moverse con autonomía en medio de complejas redes y relaciones de poder, que buscan hacer funcionar rápidamente su fuerza de trabajo y su creatividad, restándole capacidad de pensar y construir sentidos para su proyecto de vida personal y colectivo.

De ahí que la recuperación del sentido pasa por un esfuerzo fuerte en la acción educativa por transparentar los procesos, actores y escenarios donde se está definiendo el presente y el futuro. El esfuerzo no sólo es artístico o simbólico, de recreación de imaginarios, prácticas y valores, sino también del desarrollo de capacidades conceptuales y analíticas que le permitan al joven situarse como sujeto (de pensamiento y acción) con relación a otros en múltiples redes y escenarios, que lo vinculan tanto al mundo global, como al mundo local, no en una relación lineal, sino recíproca, en la cual lo global y lo local están contenidos simultáneamente en sí mismos, tanto en el espacio de los flujos y circuitos de personas, ideas y mercancías, como en el espacio de los lugares en los cuales se habita. Se trata de un esfuerzo por interrogar y precisar los valores y la especificidad de los atributos y prácticas culturales de los jóvenes, en especial de aquellos grupos oprimidos por su condición de clase, género o etnia, que pueda resultar en una relativización de las instituciones y cultura dominante, a partir de lo cual,

158 **El esfuerzo no sólo es artístico o simbólico, de recreación de imaginarios, prácticas y valores, sino también del desarrollo de capacidades conceptuales y analíticas que le permitan al joven situarse como sujeto**

“... la cultura dominante es forzada a descubrirse a sí misma por primera vez como algo específico”.¹³

De donde la tarea educativa deviene un poco más compleja, porque no sólo se trata de un acto de transmisión de saberes y *know how*, sino de un acto conjunto en el que “educadores” y “estudiantes” investigan el entorno de sus vidas, se asombran y descubren continuamente el devenir de su ser-en-el-mundo, permitiendo, así, la formación de sus conciencias específicas y potenciando su ser político, en la medida en que dejen aflorar sus miedos, y a partir del reconocimiento de su propia experiencia, sean capaces de proponer apuestas de sentido que interroguen y se atrevan a transformar lo instituido. Una lucha política y ciudadana en la cual, y parafraseando a Young,¹⁴ los jóvenes, especialmente de origen popular, puedan proponer y re-construir valores positivos desde su propia cultura y experiencia, resultándole cada vez más difícil a los grupos dominantes sostener sus normas e instituciones como neutrales y universales, lo mismo que calificar los valores y comportamientos de los oprimidos como de inferiores, desviaciones o perversiones. 🌐

¹³ Iris Young, *Justice and the politics of difference*, Princeton University Press, Princeton, 1990.

¹⁴ *Idem*.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD, MIGUEL, *Las políticas de juventud desde la perspectiva de la relación entre convivencia, ciudadanía y nueva condición juvenil*, mayo 15 de 2002. http://www.cidpa.cl/decada_16.htm

ALLERBECK, KLAUS y LEOPOLD ROSENMAYR, *Introducción a la sociología de la juventud*, Kapeluz, Buenos Aires, 1979.

CASTORIADIS, CORNELIUS, “La democracia como procedimiento y como régimen”, *Iniciativa Socialista*, núm. 38, febrero 1996. Tomado del libro *La strategia democratica nella società che cambia*, Datanews, Roma, 1995.

DÁVILA LEÓN, ÓSCAR, *Juventud popular: transitando por el trapecio. ¿con red o sin ella?* mayo 15 de 2002. <http://www.cidpa.cl/text>

ERIK H. ERIKSON, *Sociedad y adolescencia*, Siglo XXI México, 1993.

EWEN, STUART, *Todas las imágenes del consumismo: la política del estilo en la cultura contemporánea*, Grijalbo, México, 1991.

KATZ, CINDI, “Desintegrating developments: global economic restructuring and the eroding of ecologies of youth,” en Tracey Skelton and Gill Valentine, *Cool places: geographies of youth cultures*, Routledge, Londres, 1998.

KYMLICA, WILL, *Multicultural citizenship: a liberal theory of minority rights*, Clarendon Press, Oxford, 1995.

MASSEY, DOREN, “La construcción espacial de las culturas juveniles,” en Tracey Skelton and Gill Valentine, *Cool places: geographies of youth cultures*, Routledge, Londres, 1998.

SANDOVAL, MARIO, “Les conséquences culturelles de l’application du modèle économique néo-libéral: le cas du Chili”, *Alternatives sud*, núm. 3, vol. 5, L’Harmattan; CETRI, Montreal, 1998.

TAYLOR, CHARLES, “The dynamics of democratic exclusion”, *Journal of democracy*, vol. 19, núm. 4, 1998.

VALLENTINE, GIL; TRACY SKELTON y DEBORAH CHAMBERS, “Cool places: an introduction to youth and you cultures,” en Tracey Skelton and Gill Valentine, *Cool places: geographies of youth cultures*, Routledge, Londres, 1998.

YOUNG, IRIS, *Justice and the politics of difference*, Princeton University Press. Princeton, 1990.

Fotografía: Luz Elly Carvajal- Corporación Región
Taller de recorrido Urbano - Proyecto

